—¿Y le daréis mi encargo?

—Estad tranquila.

Pero rechazó el dinero.

—Me lo darás cuando regrese—dijo.—Tengo de sobra.

—Como queráis.

Y añadió, bajando la voz:

—Poned sobre la tumba de vuestra madre un ramito de flores por mi intención.

—Sí.

—En el jardín de Kerdaniel debe haberlas.

—Ya las cortaré, Susana.

—Y decid al señor cura que no le olvido.

—Se le dirá.

—Y lo mismo haréis con todos mis amigos de por allá.

—Bien.

—Cuando pueda yo, también iré á verlos, y el mar, que es tan hermoso.

La joven se calló.

Las lágrimas asomaban á sus ojos.

Pedro de Kerdaniel estaba muy emocionado.

Hasta la una se pasearon casi en silencio, y cuando por fin les fué preciso separarse, el oficial la acompañó hasta el portal de la casa, y allí, en un arranque de ternura, la cogió la cabeza y la dijo:

—En este París estás muy expuesta, mi querida Susana; defiéndete.

—Sí, sí.

— Y sé siempre una joven honrada.

Susana repitió como un eco:

—Siempre, siempre.

Y castamente depositó un beso en su frente y salió sin volver la cabeza hacia atrás.

VII

Separación.

París es muy bonito. París está dotado de un atractivo que se extiende á todas las partes del mundo; pero París no era, propiamente hablando, la patria del barón Panel ni de Fremon, el antiguo colono, ni de Juan Redon, ni tampoco del vizconde de Breville. Eran todos rurales.

El barón Panel, Fremon y el vizconde eran buenos normandos.

Juan Redon era un morvandés de pura sangre.

En el mes de setiembre, el asfalto de París les quemaba los pies

Suspiraban por el suelo natal como—seamos clásicos—el ciervo sediento por el agua del arroyo.

El vizconde de Breville, que no habia ido á París más que para recibir á sus amigos de Ultramar, se alegraba de poder volver á su tierra para dedicarse en cuerpo y alma á la burguesa diversión de la caza.

Bremón, el ex labrador, ó mejor dicho, el ganadero apasionado, tenía prisa por comprar en su país la quinta soñada donde poder establecerse y colocar una parte de los cuatrocientos mil francos que le correspondían por su trabajo, y que en realidad no había robado.

—¡Cuántas carreras, preocupaciones y trabajos le habían costado!

Podemos asegurar, que si hay fortunas honradamente ganadas, la suya era una.

El barón Panel tenía también grandes deseos de volver á ver su país, sus ganados y los lugares llenos de recuerdos donde había pasado la mejor parte de su juventud.

Su corazón se contraía, sin embargo, ante la idea de separarse de Juana, que para él constituía parte de su existencia, á la cual estaba acostumbrado á ver á todas horas, y que tanto le queria y le colmaba de cuidados y atenciones.

Pero era preciso.

Tenían que irse cada cual por su lado.

Juan Redon parecía que estaba sobre carbones encendidos, desde su llegada á París.

Sin embargo, ninguno de sus compañeros conocía su secreto.

La vizcondesa de Breville había guardado el silencio prometido todo el tiempo que sus huéspedes permanecieron en su casa.

Llegó el dia de la marcha.

Una mañana, Juan Redon tuvo que salir del hotel Breville para dirigirse á la estación de Lyon.

Sus socios y el vizconde de Breville debían tomar el tren de Caen, en la estación de Saint-Lázare.

A las siete de la mañana, Juana estaba de pie, dispuesta á ponerse en camino.

Bajó al jardin.

La mañana era primaveral.

Hubiérase creído que el año estaba empezando, cuando en realidad tocaba á su fin.

La hierba de los macizos tenía un verde intenso, los rosales trepadores abrian sus últimas flores, los crisantemos de otoño empezaban á florecer.

Se sentó en un banco y esperó.

Creia que no podia separarse de su amigo sin tener con él una explicacion final, y desde hacía seis dias que se hallaban en Paris, en vano la habia provocado.

El baron Panel, siempre paternal con ella, se escudaba en un silencio que empezaba á irritar á la joven.

La palabra es demasiado fuerte.

El silencio del hombre al cual queria como al mejor de los amigos y al más próximo de los parientes, la atormentaba y la tenía nerviosa.

Sabía que debia sufrir, y queria á toda costa evitar sufrimientos al hombre que la habia educado, protegido y rodeado de toda clase de cuidados cuando era pequeña, en esa edad tan crítica en que tantos cuidados se necesitan, tanto cariño y tanta abnegación, condiciones éstas que tan sólo una madre puede prodigar, y ella no la tenía porque la habian arrebatado de una manera brusca, de los brazos de la suya.

Juana hubiera podido creer que huia de de ella.

¿Iría á seguir aquella táctica hasta el último momento?

Se impacientaba, y con la punta de su sombrilla ravaba en la arena del jardín.

Por fin apareció.

Iba vestido con un traje gris y la cabeza cubierta con un sombrero negro de paja y con

el gabán al brazo izquierdo, dispuesto á ponerse en camino.

—¿De modo que nos vamos?—dijo esforzándose para sonreir?

—Sí...

—¿Nos vamos á dispersar?

—Preciso era que llegase este momento.

—¿No os dice nada el corazón, mi querido barón?

Panel no titubeó.

—Sí.

—¿Qué experimentais en este momento?

Se encogió de hombros.

—Creo, Juana, que gozais haciéndome rabiar... y haceis mal... Os aseguro que estoy bastante triste.

—¿Vos?

—¡Ay! sí.

—¿Por qué causa?—dijo con cariñosa voz.

—Pues sencillamente porque cuando varios seres se separan, no es posible saber si se volverán á ver más.

—¡Oh! pues yo sí lo sé, á lo menos por lo que á nosotros toca, á menos que no nos ocurra un accidente mortal. Por que si vos no viniéseis á la montaña, la montaña iria á vos. Debeis comprender que si hubiese tenido que separarme para siempre de vos, no hubiera consentido en salir nunca de Panel-Ranch y hubiese pasado toda mi vida en el país de los búfalos, de las serpientes de cascabel y de otros bicharracos indecentes.

El barón estaba de pie junto á ella.

La joven le cogió la mano y atrayéndole hacia sí le dijo con voz breve:

—Sentaos aquí y hablemos. pero en serio, os lo ruego.

El barón se inclinó.

—¿Dónde vais?

—A Breville, á casa de mi amigo.

—¿Os quedareis allí?

—Probablemente.

—¿Mucho tiempo?

—Hasta que haya encontrado una casa que me convenga... Ya sabeis, Juana, que cuando me marché hace veintidos años, no me quedaba absolutamente nada... Estaba reducido á la más mínima expresión, á cero... Y á no haber sido por mi amigo Breville, no sé lo que de mí hubiera sido.

—Lo sé.

—¿Por qué me preguntais que dónde voy?

—Porque me quedan que deciros muchas cosas, y que no os dejaré en paz hasta que os las diga... Os escribiré muchas cartas... ¿Puedo acaso pasar ni un dia sin conversar un rato con vos?

El baron no contestó.

—¿Os molestaría que os escribiera, baron?

—Demasiado sabeis que no.

—Quizás tenga que pediros muchos consejos.

—¿Sí?

—Claro.

—Teneis á vuestro padre, Juana.

— Indudablemente.

—Os quiere mucho.

—Lo sé... yo también le profeso un gran cariño, pero...

—¿Qué?

—Que vos pudiérais ayudarme con consejos que él no me daría... Existe entre nosotros un no sé qué... que necesita un debate.

—¿Entre vuestro padre y vos?

—Sí; entre mi padre y yo.

—No os comprendo, hija mia.

—Por ahora es inútil que me comprendais... Dentro de un par de días no ocurrirá lo mismo... Entonces os lo diré todo como á un confesor.

Y bajando la voz añadió:

—Desde hace unos cuantos dias le he querido hablar de mi madre, y no me ha contestado, y si lo ha hecho ha sido de una manera evasiva. Ignoro lo que hay, y es preciso que sepa...

—¿Qué?

La joven hizo un movimiento de impaciencia.

—La verdad.

Ya comprendereis que es inexplicable el que una joven quiera hablar de su madre y no la digan nada absolutamente, no la den ninguna explicación... Quiero saber y...

De repente su pecho se levantó, un prolongado suspiro salió de sus labios.

Y cambiando de tono añadió:

—¡Ah! soy muy desgraciada... Sobre todo, por tener que separarnos en los momentos en que más os voy á necesitar... Ocurren cosas muy extrañas que creo adivinar... y que temo mucho... ¡Y os marchais!

El barón estaba muy turbado.

En seguida murmuró:

—Es preciso... Así estaba convenido... Pero acudiré á vuestro primer llamamiento.

—¿Me lo prometéis?

—Sí.

La joven le cogió la mano y le miró con los ojos bañados en lágrimas.

—Mirad; desde que estamos aquí me atormentan dos cosas: el recuerdo de mi madre y el paradero de mi hermana Raimunda... Quiero saberlo todo; sí, lo quiero... y como es natural, tendré que luchar con mi padre, que estoy segura que me engaña... Apenas me contesta... No os he dicho esto antes porque no me atrevía; pero como os marchais, es preciso que hable...

—Tranquilizaos.

—¡Oh, qué pena! ¡No poder tener confianza en él.

La joven temblaba de pies á cabeza.

El barón la dijo de repente con la misma ternura de otros tiempos:

—¡Tranquilízate!... Ahí viene.

Juana se levantó.

Juan Redon habia fruncido las cejas.

¿Comprendió acaso el motivo de su conversación?

Quizás.

Sin embargo, se dominó.

—Hasta la vista, querido amigo—dijo al mismo tiempo que estrechaba la mano de su socio.—Supongo que nos separamos por poco tiempo. Juana, despídete de nuestros amigos. Nos marchamos, hija mía; ya es tarde.

Por un arranque involuntario se precipitó en los brazos del barón, diciéndole en voz baja:

—¿Es cosa prometida?...

—Sí.

—Hasta muy pronto.

—Adiós.

Se separaron.

Un coche esperaba al pie de la escalera y dentro del jardín.

Juan Redon y su hija entraron en él.

Se estrecharon las manos por última vez, y Juana dirigió al barón una mirada mucho más elocuente que las palabras.

Entonces se volvió y se quedó mudo de estupor.

En una ventana del hotel vecino, en el piso principal, habia una mujer vestida de negro, que daba al mármol de su carne una blancura más intensa, inclinada sobre la barandilla, fatigosa, con los ojos enrojecidos, y parecía contemplar el sitio que la joven acababa de abandonar.

El baron creyó ser el juguete de una ilusion. Aquella mujer era el retrato vivo de aquella que acababa de marcharse y cuya separación le producia un sufrimiento feroz.

Con las manos apretaba fuertemente su pecho, como si temiese que se le desgarrara.

Sus miradas se encontraron.

En los ojos de la desconocida parecia adivinarse algo así como un llamamiento, una súplica de socorro y también de envidia por la dicha de que habia sido testigo al verle hablar tan cariñosa y familiarmente con la joven.

El baron, muy emocionado, sin poder definir la causa de aquella turbación, bajó los ojos.

Cuando los levantó, la señora vestida de luto había desaparecido.

Oyó el ruido que hizo la ventana al cerrarse.

Si hubiese podido ver á través de los obstáculos que la separaban de aquella aparición que tanto le habia chocado, hubiese visto á Teresa sentada en un diván, con las manos en la frente y sollozando nerviosamente.

Pero las paredes son impenetrables. Además su atencion se distrajo con el ruido de otro coche que fué á pararse al pie de la escalera del hotel.

Y la voz del vizconde de Breville preguntó:

—Vamos, ¿estais dispuesto?

—¿Qué, nos vamos?

—No tenemos más que el tiempo preciso para llegar á la estación.

Pocos minutos después no quedaba en el hotel del vizconde de Breville más que el conserje.

El vizconde y sus huéspedes se dirigían á la estación, donde tomaron el tren de Caen próximamente al mismo tiempo que salía de la de Lyon el tren que llevaba á Juan Redon y á su hija.

El barón Panel estaba pensativo.

El fiel Fremon, el vizconde y su mujer, la antigua alumna de la Legión de Honor, ocupaban solos con él un departamento de primera.

Entre Passy y Nantes el vizconde notó el estado de ánimo de su amigo.

El barón Panel no estaba en la conversación y contestaba con monosílabos á las preguntas que le dirigían.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—¿Yo?

—¿En qué piensas?

El barón contestó:

—En un problema que se presenta á mi pobre inteligencia y que te someto.

—Veamos.

—¿Conoces tú la historia de Juan Redon?

—Referente...

—A su vida anterior, á su primer viaje á América. ¿Qué te dijo?

El vizconde trató de hacer memoria.

El otro insistió:

—Recuerda bien... á propósito de su marcha de Francia... No se expatría uno sin una razón grave... Yo tenía la mía... Estaba arruinado, no tenía un céntimo... Fremon tenía otra... la amistad que me profesaba... ¿Pero Juan Redon por qué emigró?

—¡Ah! sí, ya recuerdo—dijo el vizconde.—A causa de un gran pesar que habia tenido... la pérdida de una mujer á la cual adoraba.

—¿Habia muerto?

—Claro... Esto es, por lo menos, lo que yo creí comprender...

—¿No te dió más detalles?

—No, creo... Siempre he creido que era viudo...

—Cosa rara...

—¿Por qué?

—Una idea que se me ha ocurrido.

—¿Cuándo?

—Hace poco... en tu jardin.

—¿Y es?—preguntó el conde.

—Que se puede perder una mujer sin que se muera.

—¿Cómo es eso?

—Si ella se marcha ó si nos marchamos, por ejemplo. En una palabra, por separación ó por divorcio.

—Redon nos lo hubiese dicho.

—No... sobre algunas cosas es muy reservado. Además, nosotros hemos creido siempreque era viudo.

—Así lo decía—observó Fremon,—no muchas veces, por cierto.

—Pues bien, mi convicción—dijo el barón—es que no lo es.

—¿Suponéis?...

—Sí.

—¿Y ha sido en Paris donde se te ha ocurrido esa idea?

—Dos minutos antes de vuestra marcha.

—¿Por qué?

—Al ver á una mujer en una ventana del hotel medianero al tuyo.

—¿Qué clase de mujer?

—Encantadora.

—¿Como se llama?

—No lo sé.

—¿De qué edad?

—Poco más de treinta años.

—¿Qué relacion puede tener con tu socio?

—No sé si puede tener alguna relación con él; pero debe tenerla con su hija.

—¿Por qué?

—Por que se parecen extraordinariamente.

—Nos estás contando un cuento capaz de hacernos dormir de pie—dijo el señor de Breville.—No hay nada tan vago como esos pretendidos parecidos.

—Es que aún hay más—añadió el baron.

—¿Qué?

—La actitud de aquella mujer... sus llorosos ojos, su dolor... un no sé qué, que me ha conmovido... yo que estoy hecho á soportar todas las sensaciones.

La señora de Breville tenía en los labios la enigmática sonrisa que indica que se está al corriente de ciertos misterios.

Tan visible era, que el barón la preguntó:

—Vamos á ver señora... Vos debéis saber algo... Lo veo.. Decidnoslo.

La vizcondesa declaró:

—No me molesta la pregunta... Desde hace unos cuantos dias poseo un secreto que me pesa demasiado... Prometí guardar silencio, aunque no de una manera seria y categórica, y que una vez separados no debo guardar,... Tenéis razón, amigo mío, el señor Redon no esviudo.... Está divorciado.

—¿Conocéis á su mujer?

—Es una de mis antiguas compañeras.

—¿De Saint-Denis?

—Justamente.

—¿Se llama?

De soltera se llamaba Teresa Tonelie... Su padre era un capitán de la Legión de Honor, retirado á causa de sus heridas.

—¿Y qué ha sido de ella?

—Se volvió á casar.

—¿Y ahora?

—Es viuda y la conocéis.

—¿Cómo se llama?

—Condesa de Busey.

—¡Ah! ¡diablos!—exclamó el vizconde;—¡es para mí una verdadera sorpresa!

—¿Y decís que es viuda?—preguntó el barón Panel.

—Desde hace tres años.

¿Es rica?

—Inmensamente.

La señora de Breville contó cuanto había ocurrido en su entrevista con la condesa, en la cual habia encontrado á su antigua amiga, Teresa Tonelie sus declaraciones, su falta, la venganza de Juan Redon, privándola de sus hijas; sus remordimientos, su desesperación, y por fin su segundo matrimonio con el conde de Busey.

El barón Panel la escuchaba con fruncido entrecejo.

Tenía aún delante de los ojos el rostro contraido por el dolor de aquella mujer que tanto se parecía á su querida Juana, y se decía que por muy justamente irritado que estuviese Juan Redon, al cual estimaba sin embargo, iba más allá de sus derechos condenando á un suplicio semejante á una desgraciada madre.

Y además, se le ocurría una duda con respecto á aquella Raimunda que seguía perdida.

¿Si arrebatado por la cólera, Juan Redon hubiese voluntariamente...?

Movió la cabeza, diciéndose que era imposible.

Le conocía muy á fondo después de quince años de vida común.

Debía haber en todo aquello un enigma inexplicable, una fatalidad.

Y la imagen de la madre de Juana á la cual tanto quería, no se borraba de su memoria.

¿Qué hacer?

Fremón resolvió la cuestión que los tres amigos deliberaban durante el viaje, diciendo:

—No nos metamos en camisas de once varas.

El barón Panel, indeciso, se dijo:

—Juana me escribirá... esperaré.

Cuando por la tarde al ponerse el sol se halló en su cuarto del castillo de Breville, una de esas casas normandas, grandes, sólidas y macizas, cuyos alrededores forman su encanto, en medio de bosques de magníficos árboles y de prados incomparables, en aquella naturaleza opulenta tan superior á la monótona é inmensa pradera donde se había desterrado tanto tiempo, se hallaba preocupado únicamente por el drama íntimo que se desarrollaba entre aquellos seres en cuya existencia se habia mezclado, y reflexionando, entrevía una gran parte de la verdad.

Se decia que Juan Redon habia querido olvidar; que habia desplegado una energía extraordinaria para lograr su objeto y llevar la tranquilidad á su espíritu.

Habia sido el menos fuerte.

La obsesión triunfaba de su resistencia.

Habia vuelto.

Habia encontrado á lo que para él lo era todo, á la que odiaba á la vez que adoraba.

Entonces habia sufrido el cambio que sus amigos habian notado, y que les habia asustado, volviéndose sombrío, silencioso y pensativo.

El barón se daba cuenta de la potencia de

seducción de aquella mujer, por la cual el desgraciado, á pesar de su energía, era el esclavo.

La habia visto.

Y, la verdad, él mismo la habia admirado.

¡Qué emoción debia despertar en el corazón de aquel hombre al cual habia pertenecido, y que no podia más que devorarse de envidia, de deseos, de celos y de pesar!

¡Era viuda! ¡De modo que era libre!

¿Qué ocurriria?

Se hacia esta pregunta, cuando la campana que anunciaba la comida, le arrancó de sus meditaciones.

Cerró la ventana y bajó al comedor, preguntándose:

—¿Cómo terminará todo esto?

Y como conclusión se dijo que tiempo tenía de reflexionar; que los sucesos no se desarrollarian con una rapidez tal, que en caso de necesidad él no pudiese intervenir, ayudando á su protegida, á su discípula, á la hija de su experiencia y de sus consejos Y ya más tranquilo, entró en el comedor, que tan poco se parecia al de su ranchería de la Montaña Negra.

—Conque vamos á ver—le preguntó la vizcondesa,—¿cómo encontrais todo esto?

—Encantador. Y me alegro infinito de haber vuelto.

—¿De verdad?

—De verdad. No hay nada como Francia y la anciana Europa, *old-lady, señora anciana,* como decia aquel estúpido y estrambótico senador yankee.

Casi en el mismo momento, he aquí lo que ocurria en la Sobajere.